

LAS HUELLAS DEL SUJETO: SIGNO Y OBJETO¹

Gabriela Odena

Voy a tomar una cita de Lacan extraída de su seminario “De un Otro al otro”, y a aclarar que cuando hago alguna mención a Robinson Crusoe, el personaje de la novela de Defoe, está basada en el texto de la película dirigida por Luis Buñuel y que lleva el mismo nombre.

La cita en cuestión es: “Basta que un ser pueda leer su huella para que sea capaz de reinscribirla en un lugar distinto de ese donde la había producido primero. En esta reinscripción se halla el lazo que lo hace desde entonces dependiente de un Otro cuya estructura no depende de él”².

Para abordar esta cita planteo una pregunta inicial: ¿Qué queda de lo que desfallece en la palabra al querer decirse lo verdadero sobre lo verdadero? Las huellas del sujeto, que señalarán una contemporaneidad de la escritura y el lenguaje. Allí, la homofonía será una de las vías de acceso privilegiadas a una lectura posible de las huellas.

En principio, la reinscripción de la huella del sujeto en otro lugar depende de la lectura del signo, que supone, desde el vamos, una disyunción entre signo y objeto. Esta lectura será lo que Lacan llama un descubrimiento, el origen de la escritura, que esclarece el axioma “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”.

Dirá Allouch “Lenguaje, objetos y signos son tres polos de una especie de ballet”³. La huella puede ser una simple impresión, como la huella de un pie que no necesita ser vista por nadie para existir, que no es ni signo ni significante en la medida en que no hay nadie para leerla. Los animales dejan este tipo de huellas todo el tiempo y sin ninguna intencionalidad de falsearlas.

Pasamos a otra huella, esta que Robinson ve en la isla de su naufragio. Aquí el signo se separa de su objeto. La disyunción entre el signo y el objeto es muy clara en este ejemplo, ya que la huella es justamente lo que deja el objeto, que si bien estará deambulando por la isla a punto de ser devorado por caníbales, se ve bien que se fue a otra parte. La huella, en lo que tiene de negativo, introduce a la dimensión del engaño, propicia que el signo natural colinde con su extinción.

¹Trabajo presentado en las Jornadas Primavera de la EFA, "Síntoma/Sinthoma. Lectura y escritura en el análisis", 26 y 27 de septiembre de 2014.

² Lacan, Jacques: *Seminario XVI: De un Otro al otro*, Buenos Aires: Paidós, 2008. Pág. 286.

³ Allouch, Jean: *Letra por letra, traducir, transcribir, transliterar*, Buenos Aires: Edelp, 1993. Pág. 150.

¿A partir de qué momento pasamos al orden del significante? El significante no comienza en la huella, entra en función a partir del momento en que el sujeto quiere borrarla. Si Robinson quiere situar las huellas de Viernes, hará falta por lo menos una cruz. Una barra y otra barra sobre ella. Este será el significante específico. Es el punto en que el sujeto labrará un cerco en derredor de la huella, trazando en un rasgo su concernimiento de sujeto. Lo que se presenta como borrado y es en esa operación de borrado que subsiste, en ocaso y eclipse. Este carácter del significante nos sitúa en lo que es del orden de lo inconsciente. Es la huella de algo que enlaza la negación a una suerte de posición de enunciación, cuando el paso de la huella es transformado en una emisión vocal de quien lee este signo, a condición de que olvide que es un paso. Es la función del olvido y la represión originaria. Se trata de la negación como símbolo que ausentifica una presencia. El pas (paso y negación) de la *cosa* que la madre es, al orden del significante. En la película, el paso final de la relación de Robinson con Viernes, de esclavo a *fiel* amigo. Lacan hace mención a lo que, en francés, el equívoco introduce entre el pas como paso y el pas como negación, entre el paso de la huella y el no hay huella. Esto es lo que Lacan denomina la aporía del doble borramiento de la huella. Ya que las huellas no se borran, se trata del retorno del significante al estado de huellas. Al remitir al sujeto a las huellas, en su función significante, estamos hablando de un sujeto rechazado por lo real. Real producido por las palabras, un real que no está más allá de la nominación. Este Real está vinculado al hecho mismo de nombrar, al objeto en relación con lo que nombra.

En la construcción del *sinthoma* analítico, en el cómo se lean estas huellas y según el modo en que el sujeto las borre, borrándose en ese borramiento a sí mismo, y si es que esto se produce, podrá el sujeto repetir la marca de su paso, en los enmascaramientos propios en los que se constituye el *sinthoma* analítico, mediante sustituciones y desplazamientos. Se podrá hacer de las estelas de su objeto la lectura de un signo, pudiéndose considerar que la asociación libre es la puesta en función de un objeto homófono, al menos en alguna parcialidad, del signo del objeto del cual está en su lugar, signo que escribe el elemento del lenguaje que lo leía.

¿Qué tenemos del objeto? Huellas, trazos arrancados a él. Ese último trazo arrancado al objeto, una huella que conserva en sí lo que más tiene de borrado el objeto y es su unicidad. La huella arrebatada al objeto su unicidad.

¿Cómo surge el sujeto? “El sujeto es este surgimiento que, justo antes, como sujeto, no era nada, pero que apenas aparecido se cuaja en significante”⁴. Sigamos por el camino de la huella. Dice Lacan, que él hace un descubrimiento que es situable históricamente, al que antes aludimos: el momento en que este objeto es borrado en todas sus prolongaciones, apéndices, etcétera, y adviene como signo. Estará allí como signo para ser leído con el lenguaje aun cuando no haya escritura. En la inversión de esta relación —es decir, la lectura del signo— es donde puede advenir la escritura, connotando la fonematización. La unión de cierta emisión vocal a un objeto es el nacimiento mismo de la escritura jeroglífica.

⁴ Lacan, Jacques: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires: Síntesis, 1986. Pág. 204.

Esta escritura marca de entrada un imposible isomorfismo entre el signo y el objeto. La lectura del signo es previa al escrito. Es un tiempo que constituye al escrito. En tanto, la lectura del signo, con elementos del lenguaje, establece una relación entre las huellas subsumidas bajo el término signo -ya habíamos dicho que del objeto no quedan más que trazos arrancados a él como unicidad- y los elementos del lenguaje que nombran a esos signos por y en la lectura. Así, en la lectura del signo, el mismo nombre vale para el objeto y para el trazo que lo representa.

Entonces, volvamos a Robinson Crusoe en la isla desierta haciendo una lectura de este signo con un elemento del lenguaje con el cual cuenta y es por eso que no está solo en la isla. Y dice: “Alguien habita la isla, no estoy solo, más vale precaverme”. Borra entonces los pasos de que ha pasado por ahí. Hace un círculo alrededor de las huellas, punto en el que siempre estará concernido como sujeto, al mismo tiempo que borra su pasaje de sujeto por ahí. Será el retorno a una marca, que inaugura la repetición. Robinson se dedicará infatigablemente a reforzar su precaución, a reforzar el cerco, y terminará armando un imperio en la isla de su naufragio. Nombrará a Viernes, por el día de la semana en que finalmente lo encuentra, y lo convertirá en su esclavo.

La producción del inconsciente será entonces la letra, que es una instancia del inconsciente. La letra reinscribe lo borrado del objeto por y en el fonema, que es la primera emisión vocal del objeto.

Las huellas del sujeto de esta manera van al mismo lugar que el nacimiento de la escritura. Y esto nos remite al signo, no siendo lo que representa algo para alguien, primer tiempo del signo, sino cuando el signo alcanza el valor de una escritura del significante del nombre. El nombre propio, que escenifica el valor de la letra, como el último rasgo arrancado al objeto.

Una de las huellas es la identificación al rasgo unario, la que introduce el Uno, el sujeto que para representarse ante otro significante, habrá primero de inscribirse en el Gran Otro, como tesoro de los significantes, como la otra escena, inscribirse como un él, en el Otro. Es la huella fundante del sujeto. Es la posibilidad de existencia de la alteridad y de que alguien pueda decirse yo en posición de desconocimiento.

Si el significante tiene en su anclaje el signo y representa al sujeto para otro significante, es de él que se intentará alcanzar, mediante los restos del objeto, la causa de su deseo. En este borramiento, un goce quedará inaccesible. En su recuperación, ya que el sujeto intentará recuperar este goce perdido, consideración que hace a la instauración de la transferencia, las huellas del sujeto se instalarán en una gramaticalidad que se opone a la lógica del saber. Freud abandona el método catártico cuando percibe que no se trata de recuperar el saber sobre el traumatismo en las vías de la cura, y pone en escena a un sujeto que tomará su lugar en transferencia, sorprendiéndose en los momentos en que se da cuenta que dice más de lo que sabe.

Entonces, queda planteada una bifurcación de las huellas entre signo y objeto, haciendo posible una lectura del signo en donde el signo pasa de ser lo que representa algo para alguien a ser un elemento del lenguaje. Al lugar del objeto del cual el signo quedó en el lugar de una indecibilidad, podrá venir un objeto

homófono. Esta es la base de la asociación libre y el rebús de la transferencia. Dice Allouch: “el signo ha tomado el nombre por objeto, ha tratado ese nombre como un significante en su materialidad, es decir en su literalidad”⁵. Entonces, este nombre, en el rebús de la transferencia, tiene el valor de denotar otro objeto. En este punto es que una lectura del sujeto, sujeto que lo es en tanto y solo de un decir y cuyas incidencias son fundamentales en la práctica de un análisis, puede hacer operar otro campo de significancia, reinscribiéndolo en un lugar distinto.

El significante nace entonces del borramiento de las huellas. ¿Qué consecuencias tiene el pensar esto así?, se pregunta Lacan. Limitarse a pensar que el sujeto surge de una huella tachada conduciría a pensar un sujeto absoluto, en tanto que lo que él quiere resaltar son los lazos de dependencia del sujeto. Basta una marca, una firma, un garabato para que podamos considerar la existencia de un sujeto, alguien a quién jurídicamente se considerará un sujeto. Si bien el alcance del lenguaje adviene en el momento en que las huellas borradas son admitidas por las otras huellas. O sea que estas huellas solo se borran para dar relieve a otras huellas que tienen un soporte diferente. Este soporte es lo que Lacan llama la *enforma del A*, una causa objetivada que puede tomar forma de objeto.

En cuanto a la última frase de la cita de Lacan: “En esta reinscripción, se halla un lazo que lo hace desde entonces dependiente de Otro” hasta acá, podría decir que para que algo sea reinscripto debe pasar por el Otro, el uno como tal es el Otro. Y la última parte de la frase “cuya estructura no depende de él.”, alude al segundo tiempo de la escritura, donde la culpabilidad que habita al Sujeto se le revela sin objeto. Se trata de la articulación fóbica de la palabra como estructural, donde el nombrar es lo que hace signo de un objeto en función de causa. Objeto que no es el de la culpa que desvela y vela al neurótico, quien imaginiza aún o peor que el otro depende de él.

Bibliografía consultada además de la citada:

Clases del Curso “Para entrar al discurso del psicoanálisis: El *sinthoma* analítico.” Escuela Freudiana de la Argentina, 2014.

Clases del Curso “Practicar el psicoanálisis. Aprender de la psicosis”. Escuela Freudiana de la Argentina, 2014

Seminario “Enseñanza y formación”, Escuela Freudiana de la Argentina, 2014

Salafia, Anabel: *El fracaso de la negación: Lectura – Crítica y clínica*, Buenos Aires: Editorial Fundación Ross, 2008.

Pommier, Gerard: *Cuestiones (sobre el fin de análisis)*, Buenos Aires: Catálogos, 1985.

Lacan, Jacques: Seminario III: Las psicosis, Barcelona: Paidós, 1984.

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.

⁵ Allouch, Jean: Ibid, pág. 157.